

FERNANDO AMPUERO

✠ Puta linda

ED | DE
SALTO | PÁGINA

✘ Puta linda

A Soledad, que está a mi lado

Señora, vos seáis la bien hallada

GIOVANNI BOCCACCIO

*Muy frecuentemente las lágrimas
son la última sonrisa del amor*

STENDHAL

Capítulo I

—¿Estás pensando en putas?

—Sí —repuso Luis Alberto—. Pero pienso en putas lindas.

—Dame una razón.

—Una puta linda te da la ilusión de recompensa. ¿Por qué trabajan los hombres? ¿Solo por dinero? Lo dudo. Yo diría que, para muchos, la mujer soñada es el premio mayor a todos sus esfuerzos. Ciertamente la ilusión que ofrece una puta no viene con hijos, casa propia, carro y televisor, lo que alguna gente idealiza como una vida plena

y feliz, pero al menos es una especie de anticipo, un cuerpo tibio entre las sábanas.

Así, hace mucho, en 1992, hablaban Luis Alberto y el chueco Tapia. Sentados en un cafetín del centro de Lima, ambos, escritores inéditos y vendedores de enciclopedias con un ingreso que dependía de comisiones, exponían y discutían sobre personajes y argumentos literarios, afanados en determinar uno o varios temas sobre los que valía la pena escribir.

—No quiero contar nada sobre indios en la miseria —decía Luis Alberto—. Ya lo han hecho otros y bastante bien. Yo no podría hacerlo mejor. Tú y yo tenemos que escribir de otro asunto, de seres que estén más cercanos, cosas que podamos tocar.

—¡Ya me imagino lo que quieres tocar! —rió Tapia—. Pero no lo veo como el gran proyecto, ni tampoco me parece original. Hay un superávit de putas en la literatura.

—Lo sé —admitió Luis Alberto—. Pero igual me gusta la idea de la puta linda. Es el tipo de personaje que convoca expectativas. Siento que debo intentarlo.

Sin mayores estímulos, agobiado por las dudas, Luis Alberto, a sus diecinueve años, no las tenía todas consigo. No veía claro por dónde avanzar. ¿Me conviene escribir sobre eso o sobre esto otro?, gruñía. O luego, poniéndose más radical: ¿Me conviene escribir?

Aún vivía con su madre y una hermana mayor, en la zona de Santa Cruz, el lado feo de Miraflores. Su hermana, Anita, que lo trataba con la punta del pie, estaba a punto de hacer un buen matrimonio. Sería una mujer de provecho. Pronto se iría de casa y residiría en el lado bonito del barrio. Él, en cambio, carecía de rumbo, no encarnaba un futuro promisorio. Quería ser escritor, es lo único que decía, escritor, novelista, palabras que todos sus tíos traducían como «muerto de hambre»; y, para colmo, dado que sus calificaciones del colegio no habían sido particularmente brillantes, no podía pensar en becas, ni en ganar concursos, ni en alternativas serias para agenciarse una adecuada formación.

—Estamos jodidos —opinaba el chueco Tapia, que padecía un trance similar. Aunque Tapia, por lo menos, estudiaba la preuniversitaria en el turno de noche—. Mira, tal vez con el tiempo consigamos escribir bien. Pero eso no será suficiente. Habrá que tener suerte, tener contactos, habrá que saber destacar sin que el resto de colegas nos odie.

—Y algo más tranca —añadió Luis Alberto—. Habrá que tener arte.

—Arte, sí. Y eso no se aprende, hermanito. Eso solo se obtiene si un ángel nos besa.

—Entonces te equivocas, chueco. No solo estamos jodidos; estamos verdaderamente hasta las huevas.

Lo peor de todo, sin embargo, es que Luis Alberto y Tapia lucían felices. Tenían la alegría de la juventud, anda-

ban dopados con sus propios sueños, eran de esos muchachos pobres clasemedios que a fuerza de engrasar el espíritu se creen ricos.

A diferencia de Tapia, eso sí, Luis Alberto mostraba una frenética impaciencia. Él ya dedicaba su tiempo a escribir, saltándose el peldaño de la universidad, un lujo que no estaba a su alcance, o bien a trabajar. Para la escritura, se imponía un mínimo de dos cuartillas diarias, todas las mañanas, en las que describía lo que sea, un gato comiendo un pescado o cualquier otra escena callejera. Deseaba escribir como Picasso dibujaba. Plasmear en un cuadro el mínimo de trazos que permitan a la gente identificar una figura.

La otra parte del tiempo la absorbía el trabajo y la lectura. Su trabajo, vender de puerta en puerta enciclopedias, oficiaba de gimnasia, lo mantenía en forma. Cada día caminaba muchas calles, visitando decenas de casas y oficinas. El trabajo le quitaba unas ocho horas, digamos, y la lectura unas cuatro o cinco. En la lectura, como en todos los placeres, dominaba el desorden, pues un libro apasionante hace que le robemos horas al sueño, si se trata de lectura nocturna, pero Luis Alberto, por mera compulsión, devoraba diurna y diariamente varias páginas de las enciclopedias (llevaba un tomo de muestra) en la combi o en las antecámaras, los ratos muertos que aquí y allá puntuaban su jornada.

Claro que esos ratos muertos eran a su vez aprovechados para darle muchas vueltas en la cabeza a su proyecto literario. Su más reciente obsesión, escribir sobre una puta linda, implicaba, a su entender, mirar la realidad cara a cara, tomarla de los pelos, sentarla ante sí e interrogarla y, al cabo, tras desmontar y volver a armar cada una de sus piezas, sentirse apto para llenar páginas en blanco con un relato que sonara atractivo y verdadero.

«¡Una buena historia!», cavilaba, hirviendo de ansiedad. «¡Necesito contar lo que la gente de a pie vive todos los días! ¡Sus alegrías y sufrimientos, su genuina normalidad!»

Y por eso mismo, en un húmedo y nublado anochecer de junio, decidió irse de putas. Quería estar con una puta. No tirársela. Quería conversar con ella, intimar.

La puta («ese cálido refugio», como decía el tío Jano, ilustre calavera de su familia y oportuno mentor de su adolescencia) era y es, en el imaginario universal, el personaje más manoseado de la literatura. Manoseado por partida doble, sí, pues hemos crecido en la mitología de unas piernas que se abren y se cierran y nos atrapan en el intervalo.

Pero este *handicap*, de hecho, no suponía un obstáculo.

Luis Alberto aceptaba que el terreno elegido, lleno de tópicos desde el punto de vista narrativo, estaba minado. La ramplonería podía estallarle en la cara. Asimismo, asumía que su idea resultaba simplona y, a ojo de buen cubero, poco viable. Charlar con una puta, en aquellos tiempos

o ahora, es una ocurrencia de mentecatos, y en cuanto a llegar a creer que un extraño pudiera establecer con ésta una relativa amistad linda con la estupidez.

Mas la juventud es audaz y corre sus riesgos, y Luis Alberto no se amilanó.

Me abro paso entre una jungla de fantasmas, decía. Veo putas por todos lados. Un ballet de rameras que agitan sus velos y exhiben sus carnes: putas sagradas, como en la antigua Babilonia; putas arrepentidas, como María Magdalena; putas románticas, como Marguerite Gautier; putas con corazón de celuloide, como Marlene Dietrich, Catherine Deneuve, Shirley McLaine y Jane Fonda; putas solapas (como medio mundo); putas codiciosas (como tanta profesional); putas lindas y enigmáticas, como Noemí.

A Noemí la conoció en un famoso burdel de la avenida Colonial, un antro con bar y varias hileras de cuartitos, uno al lado de otro, similar a un establo. La antigua propietaria, distinguida por su *nom de guerre*, La Nené (castellanización de Nanette), había eternizado su nombre como marca de calidad. A ella, y a su casa, las llamaban La Nené. Según los veteranos, La Nené, difunta hacía años, fue una judía de ojos claros y piel sonrosada que se vendía como francesa. Una ahijada suya le heredó el burdel. Cargada de maquillaje y anillos en los dedos, la nueva dueña era entonces una vieja de voz cascada. Fumaba a

toda hora y charlaba en las mesas del bar, vigilando el lascivo ajeteo de su negocio.

Noemí, mujer esbelta y llenita (delgada, pero opulenta donde corresponde), llevaba cuatro años trabajando para La Nené y atravesaba un buen momento. Su mayor indicio de gloria saltaba a la vista cuando despedía a un cliente. Al instante, abierta la puerta de su cuartito, se armaba un tumulto de hombres rijosos que se volcaba a mirarla.

—¿Cuánto? —preguntaba alguno.

—Treinta —decía ella. Era la tarifa más cara, solo compartida por Marilyn y Sarita, otras dos luminarias del populoso establo. La mayoría oscilaba entre quince y veinte.

—¿Completo? —indagaba otro.

—Completo sale a cuarenta.

Muchos clientes se asustaban con el precio y meditaban sobre su golpeada economía casera, indecisión que algún derrochador aprovechaba para entrar precipitadamente.

Luego, la puerta se cerraba y la leyenda de Noemí seguía creciendo.

Esta breve aparición, ni qué decir, rendía sus frutos. En los pocos segundos que la puerta de Noemí permanecía abierta, el público, incluido Luis Alberto, se daba maña para reconocer sus encantos. «La tasaban», se decía en el argot de la época. Valoraban la belleza de la muchacha, pese al florón de luces rojas que sofocaba los cuartitos. Las luces,

propias de una antecámara del infierno, teñían la piel, el *baby doll* y las sábanas de la cama.

Noemí, en fin, era endiabladamente guapa. Tenía los ojos negros como el pecado y la boca tan grande como la injusticia del mundo. Sus dientes, blancos y parejos, eran joyas ocultas. Rara vez sonreía o, si se quiere, sonreía solo con los ojos, burlona, en las penosas ocasiones en que alguien regateaba o contaba impudicamente su dinero delante de ella.

Dispuesto a postergar rivales, atropellador, Luis Alberto exclamó:

—¡Quiero servicio completo!

Asintiendo, Noemí lo hizo entrar. Y tan pronto cerró la puerta, tomó de la mano a su joven cliente y lo condujo hacia el baño, iluminado con una luz amarilla.

—Bájate el pantalón —dijo; el muchacho obedeció.

Ella cogió y sostuvo el pene de Luis Alberto, examinándolo. Y esbozó un leve gesto aprobatorio. Acto seguido, utilizando ambas manos, procedió a lavarlo con agua y jabón, como una prolija enfermera, pero al momento de secarlo le notificó:

—Se paga por adelantado.

Luis Alberto entregó los cuarenta soles convenidos. Noemí regresó al cuartito.

Luego, ella de pie y él sentado en la cama a su expreso pedido, sobrevino, a modo de preámbulo, una ceremonia que Luis Alberto interpretó como una incitación al deseo. En *baby doll* y tacones altos, seria, mirándolo fijamente a

los ojos y sin pronunciar palabra, la muchacha caminó en semicírculo por espacio de un minuto, yendo y viniendo, con lentas y silenciosas pisadas. Parecía una pantera acechando a su presa.

Inquieto, Luis Alberto preguntó:

—¿Te llamas Noemí?

La muchacha negó con la cabeza, sin dejar de caminar.

—¿Podrías decirme tu nombre?

Noemí hizo una segunda negativa, pero esta vez se detuvo frente a él. Y entonces, en un sensual ademán que traslucía mucha práctica, se llevó una mano a un hombro y jaló la tira de un lacito, consiguiendo que el *baby doll* cayera en picada sobre sus tacones.

El cuerpo joven y hermoso de una mujer desnuda suele despertar un arrobamiento místico, y Luis Alberto se irguió en un temblor, sintiendo que las sienes y el corazón aceleraban sus latidos. Pero en ningún momento olvidó la razón que lo había llevado al lenocinio.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo—. ¿Cuánto tiempo te toma cada cliente?

—Depende de sus ganas —Noemí rompió su silencio, imaginando quizá que el chico procuraba sacar el máximo rendimiento a su inversión—, aunque no pasa de veinte minutos.

—De acuerdo, entonces te tengo una propuesta: quiero que gastemos esos veinte minutos en conversar.

—¿En conversar? —se desconcertó ella.

—Sí.

—¿En conversar qué?

—Quisiera que hablemos de ti, de tu vida.

—Oye, chiquillo, tú estás mal —Noemí arrugó la nariz—. ¿Qué te pasa? ¿No te gusto? Aquí los hombres vienen a estar con las mujeres, no a chismear.

—Soy escritor —explicó Luis Alberto—. Recopilo datos. No te ofendas. Me pareces muy bonita, pero lo que ahora a mí me interesa es saber por qué estás trabajando en esto.

Ella se llevó las manos a la cintura, echando una cadera hacia un lado.

—¿Eso es realmente lo que quieres?

—Sí.

—Bueno —se alzó de hombros—. Es tu plata —y en dos segundos, en tanto procesaba que el sexo rebusca a fin de cuentas muchas formas de expresarse (mirar, lamer, tirar, oler, morder, y, entre otras cosas, charlar), echó un vistazo a su reloj pulsera y añadió con grosería—: Ya está corriendo tu tiempo. Pregunta lo que quieras. A mí me da lo mismo mover el potito o la lengua.

Luis Alberto sacó lapicero y libreta de su casaca, mientras ella se sentaba en la cama, a su lado, recogiendo las piernas contra el pecho. El interrogatorio comenzó enseguida.

—¿Qué edad tienes?

Noemí sonrió:

—Veintidós.

«Los aparenta —pensó Luis Alberto—. Su rostro y su cuerpo son los de una chica de veintidós, aún cuando tenga la sonrisa de una mujer de cuarenta.»

—¿Y desde cuándo haces esto?

—Arranqué a los quince, cuando escapé de mi casa.

—¿Eras virgen entonces?

—No, claro que no —chistó Noemí—. Dejé de ser virgen a los doce.

—¿Fuiste violada?

—No.

—¿Con quién lo hiciste esa primera vez?

Noemí no respondió.

—¿Qué pasa? —indagó el muchacho—. ¿Por qué no respondes?

Ella abrazó sus piernas flexionadas, hundiendo el mentón entre las rodillas.

—Eso no lo voy a contar.

—¿Por qué?

—Porque te voy a decir mentiras.

—¿Por qué me mentarías?

—Respóndete tú. ¿Para qué miente la gente?

El muchacho no la quiso presionar y cambió de tema. Pero intuyó que el desarraigo, el conflicto que la hiciera huir de casa, como habitualmente ocurre, tenía mucho que ver.

—¿Crees que las historias de todas ustedes son más o menos iguales?

—Así es, papito. Todas nos parecemos. —Noemí, relajada, cambió de postura. Estiró el cuerpo cuan largo era y, echándose de lado, encogiéndose ligeramente las piernas, hundió una mano en la entrepierna. Inevitablemente,

Luis Alberto percibió una pulsión en el bajo vientre que lo estremeció de pies a cabeza.— Cada una vive como quiere o como puede. Las chicas de por aquí empezamos temprano, tiernas, recién salidas del cascarón, y por lo común acabamos temprano. Este es un trabajo que dura apenas unos pocos años, como el de los futbolistas. Yo estoy haciendo mis ahorros, y espero jubilarme a los treinta y tantos.

La mezcla de reserva y locuacidad de Noemí confundían a Luis Alberto.

—Dame ejemplos —pidió él—. ¿En qué se parecen unas a otras?

—¡En que nos pica la cuca! —bromeó ella.

Ambos rieron.

—¿Y en qué más?

—En que sabemos que no hay que hacérselo gratis a nadie.

—¿Por qué?

—Porque a la larga los hombres te van a abandonar cuando ya no les interesen. Mira nomás lo que pasa a tu alrededor.

—¿Tienes caficho?

—No.

—¿Y cómo te proteges?

—Mi hermano viene a recogerme todos los días. Tengo un hermano bien macuco, que se hace respetar. Ya les rompió el cacharro a dos atrevidos.

No sin cierta sorpresa, el muchacho continuó:

—¿Vives con tu hermano?

—Sí.

—¿Y él trabaja?

—Por supuesto. Cada uno gana su platita. Él es mecánico. Trabaja en un taller a cinco cuadras de aquí.

—¿Qué edad tiene?

—Mi misma edad. Somos mellizos.

Luis Alberto supuso que la vida de Noemí, fuera de ese curioso arreglo fraternal, era más o menos la historia previsible. Pero la subestimaba. La historia de Noemí, su iniciación y el desarrollo de sus mañas y atributos, un torbellino que le traía la sangre fermentada, con su inevitable desengaño y algún sombrío rencor, terminaría por encandilarlo.

Capítulo II

A lo largo de dos meses, gastándose lo que no tenía, Luis Alberto visitó doce veces La Nené; es decir, más de una vez por semana, motivo por el cual los porteros llegaron a saludarlo con un guiño amistoso. De tales visitas, diez las consagró a la plática; las otras dos, humano al fin, no se aguantó y saltó sobre ella, cediendo a un deseo largamente reprimido.

—¡Al fin te echas un polvito! —festejó Noemí—. Creí que eras maricón.

Luis Alberto sintió que el coito volvía desenvuelta a su interlocutora, haciendo más fluida la comunicación, aun-

que ignoraba aún con quién estaba tratando. No lo sabría, en realidad, durante mucho tiempo, pero entonces eso no le preocupaba. Tras su segunda encamada, en la que ella le enseñara dos poses complejas pero efectivas, Noemí comentó:

—Esto es más rico que conversar, chiquillo. Yo no sé por qué gastas tanta plata en cosas que no puedes tocar.

—Puedo tocar lo que tú me cuentas —dijo él.

—¿Cómo?

—Con la imaginación.

—¿Ah, sí? ¡No sabía que la imaginación tenía pinga y manos! Pero, en fin, ese es tu problema. Tú sabrás lo que necesitas.

—Necesito oír las cosas que cuentas.

—¿Y cómo sabes que no miento?

—¿Me mientes?

Ella lo miró a los ojos:

—Sí —sonrió.

—¿Estás segura?

—Claro. Casi todo lo que te digo son mentiras.

—Mejor todavía —dijo el muchacho—. Me gustan tus mentiras.

Frotándose suavemente un muslo con una mano, Noemí permaneció pensativa. El muchacho no dejaba de sorprenderla. Aun cuando aseguraba que no era adinerado, o que debía trabajar para costearse el gusto de oírla o tirársela, o que le apasionaba «descubrir» su vida, parecía importarle un pepino si las sandeces que ella contaba eran ciertas o falsas.

«Hay todo tipo de tontos y de locos», discurría Noemí en esas ocasiones. Pero no solo pensaba eso. A veces, con agresiva sorna, se lo decía con la mirada, y él, cuya mirada era también bastante elocuente, le respondía: «¡Pero no, Noemí! Yo no soy el más loco, ni el más tonto en mi tipo. No sabes lo que es la literatura. Existen muchas personas, otros escritores, tanto vivos como muertos, que han sido y son el triple de tontos y locos que yo».

La última vez que cruzaron miradas, en todo caso, las cosas no rodaron bien.

—¡Eres muy raro, chiquillo! —le espetó ella—. ¡Eres un perverso! ¿No tienes enamorada?

—Por ahora no —contestó Luis Alberto, poniendo su mejor cara. La mesura, la palidez de su piel, subrayaban la inconsciente gentileza de sus modales—. Pero he tenido varias.

—¡No entiendo por qué te interesan mis mentiras!

—Porque forman parte de tu fantasía.

—¿Y eso qué valor tiene?

—Ninguno. Pero, no sé cómo decirlo... me da una idea de tu forma de ser...

Esto le cayó pésimo a Noemí.

Levantándose bruscamente, se cubrió con una bata y miró al muchacho con el ceño fruncido. Luego, alisándose el pelo con un cepillo, recuperó la calma, aunque se sintió aturdida. Se sintió tan aturdida como la primera vez en que alguien, una persona que no era su hermana o su madre, la había visto desnuda. Esa persona, se lo confesaba-

ría al muchacho, aunque en otro momento, fue también el primer hombre que la besó y la acarició.

A estas alturas Luis Alberto estaba cautivado con la historia de Noemí. Ella, visita tras visita, le contaba su vida con pelos y señales, que es exactamente lo que un escritor requiere para organizar su relato. Se detenía en los detalles, con morosa pulcritud, pero no descuidaba la visión de conjunto, ya que hablaba simultáneamente del árbol y del bosque, de la mórbida y solitaria existencia de una flor o del olor extendido de la tierra mojada.

—A mí me besaron de frente las tetas —refirió ella, por ejemplo, al evocar su primera experiencia sexual—. No me tocaron una mano, ni me dieron un piquito en la boca. Pasaron por alto el calentamiento. Pero me gustó, chiquillo; me gustó sentir mis pezones dentro de la boca de un hombre, quizás porque yo estaba pensando en huevadas. Y es que ni te imaginas lo que en esos días me hicieron creer. Me dejé hacer de todo, porque para mí era como un juego. Así de ingenuas o cojudazas éramos las chicas de provincia.

Noemí vivía entre el campo y la playa, lejos de la ciudad. Ella y su familia habitaban una casita de adobe con tres habitaciones, amplia terraza y corral para patos y gallinas. La carretera Panamericana cruzaba por ahí. Veían pasar infinidad de autos y camiones, pero el zumbido de los motores se oía menos que el ruido de las olas que

reventaban en la orilla. Un kiosco de cañabrava al borde de la carretera era el negocio familiar. Vendían frutas, jugos y gaseosas. La casita, pintada de blanco y techada con palmas, quedaba a cosa de cien metros del kiosco, sobre una lomita y a la sombra de unos algarrobos.

A los doce años Noemí pasaba todo el día en esos parajes. Desde los diez cumplidos había abandonado el colegio. Lo dejó, de sopetón, cuando sus compañeritas de clase comenzaron a mofarse de ella. Tu mamá es puta, le dijo repentinamente una churre, como si quisiera hacerla sentir inferior, y luego la atacaron en mancha. ¡Putas, putas! ¡Hija de puta! Ella, durante cinco días, se peleó con todas. Hasta que una tarde, en que la niña volvió a casa con un ojo negro, se lo contó a su madre, y ésta, primero furiosa y luego riéndose, sin darle importancia al asunto, decidió que Noemí dejara de estudiar.

—Ya sabes leer y escribir, y mejor todavía, sabes muy bien sumar y restar —rezongó Rosaura, su madre—. Con eso te basta para vivir. Ahora quédate en la casa, prepara la comida y ayuda al Braulio en el kiosco, y no te olvides de cuidar a tus hermanos.

Braulio, un hombre joven y cojo, con la pierna derecha amputada a la altura de la rodilla, era el conviviente de su madre. Caminaba con muletas y necesitaba que lo ayudaran a recoger y trasladar la fruta hacia el kiosco. La fruta la conseguían en la verde campiña de los alrededores.

Ambos solían recogerla y cargar el triciclo, pero solo Noemí estaba en condiciones de pedalear. Cuando ella estudiaba, hacía esa faena temprano, en las mañanas; pero luego contaría con más tiempo para atender el negocio y las labores de la casa.

En cuanto a sus hermanos, Jeremías, el mellizo, y Luzmila, su hermanastra, también requerían de atenciones. Su mellizo, quien un año antes había plantado igualmente los estudios, trabajaba en la pesca desde los once y llegaba a casa sólo a dormir. Luzmila, dos años mayor que Noemí, «retrasadita la pobre», se ocupaba de los animales y de lavar la ropa en el río. Ninguno de ellos era hijo de Braulio. El padre de Luzmila, a decir de su madre, podía haber sido cualquiera de sus primeros clientes, un «castigo de San Judas».

Noemí y Jeremías provenían de un italiano trotamundos, que arribó al norte en el apogeo de la harina de pescado y se fue con las mismas cuando la anchoveta desapareció.

Los mellizos habían sacado la gracia y el carácter de su madre, una mestiza caliente de Catacaos; y la alta estatura y la fisonomía del padre, de quien solo recordaban una risa estentórea y unas pocas expresiones italianas: *andiamo*, *bambina* y *figlia di putana*.

El día aquel que Noemí supo que no iría más al colegio Rosaura le reveló algunos aspectos de su vida.

—Esas que te han rajado de mí hablaron por sus mamás, que están celosas.

—¿Celosas? ¿Por qué?

—Porque sus maridos me buscan.

—¿Y te buscan para qué?

—¡Para metérmela, pues! Esos hombres se arrechan conmigo y yo los recibo. Soy puta, sí; pensaba decírtelo algún día. En el colegio te dijeron la verdad. Soy puta y muevo el culo por plata. Escucha, Noemí, la vida no es fácil, una tiene que ganársela de alguna manera. Yo me la gano con las cochinas de los hombres, entre quienes están los maridos de esas mujeres celosas. Ellos se emborrachan los sábados y van a verme al chongo.

—¿Te dan su dinero?

—Sí.

—¿Son feas las mujeres celosas?

—Algunas.

—¿Son aburridas?

—Imagina que tengas que comer chanfainita todos los días.

—Ya te entiendo.

—¡Pero, bueno, además vale lo que una tiene! —rió con malicia su madre, contoneando el cuerpo y caminando ante ella rumbosamente—. No todas las mujeres son como tu mamita, Noemí. Tener el culo firme y las tetas grandes es una bendición del Señor de los cielos. Y si Dios me bendijo así, yo tengo que sacarle el jugo. La comida no se bota al suelo.

La niña, mirándola con admiración, comenzó en ese momento a aprenderle la caminadita. No se puso a imi-

tarla ahí mismo. Lo hizo en su cuarto, sola, delante del espejo, con la actitud de esas artistas de circo que llegaban al pueblo. Erguía el talle, sacaba pecho, quebraba ligeramente la cintura, ponía paradito el trasero, bamboleaba las caderas.